

La suscripción de este diario... se cobra en... mensualidad... por adelantado.

EL AMIGO DEL PUEBLO.

BIEN AVISADOS LOS QUE IRÁN A VOTAR, POR QUE ELLOS SERÁN RABIOS.

Los años de las suscripciones... se cobra en... por adelantado.

Imprenta del Pasadizo plaza de la Independencia, número 33.

EL AMIGO DEL PUEBLO.

Lunes 20 de Abril de 1850.

Asociación popular.

Está próxima vá la época en que del resultado de una elección pende la suerte o la ruina de la República.

Dos partidos políticos, pretenden el poder en las elecciones próximas; el uno, probado hace veinte años en la Administración pública, i cuyo candidato ha dado evidentes pruebas del pensamiento i de los principios que lo animan.

El otro partido se presenta sin odiosos antecedentes i con una bandera limpia de mancha. El candidato de este círculo político, ha figurado en la escena pública antes de ahora; pero su aparición fué momentánea, retirándose do ella así que vió comprometida su delicadeza i su patriotismo.

El pueblo con su admirable instinto debe elegir entre los dos bandos políticos que solicitan su asistencia en las elecciones que han de venir presto. Debe elegir aquel que dé mas garantía a la libertad del ciudadano, aquel que despeje el campo de la industria

de los estorbos que el absolutismo ha procurado colocar en él, aquel que dé a la clase obrera mas seguridades de bienestar i de libertad.

Para que el pueblo trate de conciliar sus intereses con el candidato que ha de elevarse al poder, es necesario que se reúna, i discuta en común las necesidades que lo agobian, los medios de remediarlas i que partido se hará cargo en el poder de poner tasa i límite a esos males que penden sobre la existencia del artesano.

La asociación ante todo debe llevar el carácter de pacífica. En Chile, para menzuga del sistema republicano, ha sido costumbre alarmarse cada vez que el pueblo se ha levantado a entroveerse en las públicas discusiones. Los poderosos se asustan i tiemblan a la sola palabra de pueblo; i no comprendemos las razones que tongon para temblar ante un pueblo pacífico i honrado; ante un pueblo, que si por algo se ha distinguido, ha sido por lo obediente i lo manso.

Pero tratemos de contemporizar con esos que se atemorizan al aspecto del pueblo deliberando, i proveamos a reunir a los obreros en bien de sus intereses, de manera que el poder i los que le cercan vean tranquilos la

asociación, sin que la pongan coto, ni traten de presentarla como peligrosa.

Las grandes masas de pueblo reunidas para tratar de los asuntos públicos, alarmarían seguramente al poder. El gran número de súbditos asusta a los tiranos; i para ellos toda su seguridad estriba en la división que pueda haber entre los que viven sujetos a su dominación.

No sería pues prudente el convocar al pueblo a grandes reuniones, en donde se discutiesen sus necesidades, en donde se predicase la santa palabra de la libertad, i en donde se fuese creando el sagrado vínculo de la fraternidad.

Hermoso espectáculo, sin embargo, sería aquel que presentase un pueblo libre reunido para procurar su bienestar, para oponerse contra la tiranía, para fraternizar al verse unido en un solo lugar i para crear fé i esperanzas contemplándose fuerte i entusiasta. Cuando el pueblo llegue a tan alto grado de intelijencia i de libertad, la República aparecerá entonces sobre la tierra pura i limpia de sangre i de anarquía.

El tiempo llegará en que el pueblo pueda entre nosotros, unirse i ocuparse de los negocios públicos a la faz del sol i sin dar por

FOLLETIN.

EL COLLAR DE LA REINA.

Por Alejandro Dumas.

CAPITULO IV.

RECUER.

(Continuacion.)

Durante este corto coloquio, las señoras se sentaban.

En efecto, veían con terror a su guía, a su protector, pronto a dirijirlas.

—Señora,—dijo en voz baja la mas jóven a su compañera,—es preciso que no se vayan.

—¿Porqué?—preguntó ella su nombre i las cosas de su casa, i miramos la envidiosas en lais de ore con una sequeita dándole las gracias con la le escribió.

—No, no, señora; es suplico que le reengamos; el el cochero obra de mala fé, si pone el cochero en el camino... con un tiempo como el que hace, los cocheros están malos; ya quisiera nos dirijéramos para pedir socorro!

—¡Oh! Tenemos su número i la letra de la administración.

—Está muy bien, señora, i no dudo que mas tarde le haréis romper los huesos a palos; pero entretanto, no lleguéis esta noche a Versalles, si qué se dirá, Dios mald!

La mayor de las dos señoras reflexionó.

—Es verdad,—dijo.

Pero ya el oficial se inclinaba para despedirse.

—Caballero, caballero,—dijo en alemán Andrea,—¡mas palabras! ¡venid a buen oír uno dos palabras!

—Estad a vuestras órdenes, señora,—respondió el oficial visiblemente contrariado, pero conservando la mas esquisita urbanidad en su aire, en su tono i en el acento de su voz.

—Caballero,—prosiguió Andrea,—después de tantos servicios como nos habeis hecho ya, no podéis negarnos una gracia.

—Hablad.

—¡Bien; os confesaremos que tenemos miedo a este cochero, que tan mal ha principiado la negociacion.

—Hacedis mal en alarmaros,—repuso el oficial,—es su número, 107, la letra de la administración, Z' i si os esusa algun disgusto, dirijme a mi.

—¡A vos!—dijo en frances Andrea albidándose de su papel,—¿cómo queréis que nos dirijamos a vos, si ni siquiera sabemos vuestro nombre!

El jóven ibó un paso hacia atras, i exclamó atónito:

—¡Hablaís frances, i hace media hora que me estáis conlocando a chapurrir el alemán!

—¡Oh! En verdad, señora, eso no está bien.

—Dispensad, caballero,—repuso en frances la

otra señora acudiendo valerosamente al socorro de su compañera que se habia quedado cortada.—Estad viendo que, sin ser quizás extranjeras, nos hallamos desorientadas en París, i sobre todo en un fiacre. Deberis tener bastante sentido para conocer que no nos hallamos en una situacion normal. El no obligarnos mas que a nosotros, seria demasiado; el ser ménos discretos que habeis sido hasta este momento, sería ser indiscretos. Nosotros juzgamos debidamente, caballero; téned a bien no os juzgemos mal a nosotros; i si podéis hacernos un servicio, hacédselo sin reserva, o permitidnos que os demos las gracias i busquemos otro apoyo.

—Señora,—respondió el oficial admirado del tono noble i enojador de la desconocida,—disponed de mí.

—Entonces, caballero, hacédsos la gracia de subir con nosotras.

—¿En el fiacre?

—¡De acompañarnos.

—¡Hasta Versalles!

—¡Si, caballero.

El oficial subió al fiacre sin replicar, se sentó al vidrio i gritó al cochero.

—¡Arre!

Cerradas las portezuelas, puestas en cañon las mantelotas i las pieles, el fiacre tomó la calle de Santo Tomas del Louvre, atravesó la plaza del Carroucci i echó a correr por los bulevares.

El oficial se agazapó en su rincón frente a la mayor de las dos señoras, con su levita cuidadosamente cuidadosamente sobre sus rodillas.

En el interior del fiacre reinaba el mas profun-

ello que se ve a los medios. Pero entretanto que el frío egoísmo esconde en los corazones el miedo a la agitación popular, en tanto que la libertad del pueblo se oculta en los recios espaldas de las grandes habitaciones, tratemos los que marchamos con ese pueblo de recurrirle i educarlo, sin que por ello se despierte la alarma i ajite sus alas la discordia.

La educación política que pudiera recibir el pueblo típicamente, sería aquella, que introduciéndose en los talleres i en la habitación del obrero hablara a su corazón i a sus sentimientos.

El pueblo obrero comprende en la actualidad la triste posición que ocupa en la República, i de la consideración de los males que pesan sobre él, ha nacido el deseo que le anima de hacer llegar a las regiones del poder su voz suplicante pidiendo el alivio de sus necesidades.

Cien veces ha querido el pueblo presentar sus súplicas, i otras tantas se ha visto detenido por el aspecto imponente con que el poder recibe sus demostraciones. Ha tenido en la prensa ecos encargados de repetir en voz alta las necesidades de las clases pobres; pero hasta esas dignas i pacíficas representaciones han sido apelladas *anárquicas*, procurándose atraer sobre ellas el anatema de de los poderosos.

El pueblo sin embargo sigue i debe seguir tranquilo. En su dignidad, en su felicidad, en bien de su porvenir le importa conservar la paz i conquistar con el raciocinio, con la petición pacífica i con los medios de la ley lo que hasta ahora se esfuerza el círculo del poder en negarle.

Hemos dicho en nuestras líneas anterio-

res que el pueblo comprendía ya la posición que ocupa en la República; i es un paso hácia su educación el que se haya fijado en su manera de ser.

No es peligroso, como pretenden algunos absolutistas, el que comprenda la clase obrera los males que traban su marcha hácia el bien estar.

Del conocimiento de su inferioridad i atraso, nacerá en la clase obrera el deseo de alcanzar una posición mas ventajosa. El deseo de adquirir esta posición, hará pensar al obrero; i fijar su pensamiento en cuestiones que abrazan la mejora de su clase, es hacer brotar en su alma en un instante la noble ambición, la esperanza i la dignidad. Desde el momento en que preocupa al obrero la reforma de su clase, comienza naturalmente a reformarse a si mismo. El círculo de sus reuniones se extiende. El pensamiento de mejora i de adelanto circula de boca en boca, i el artesano que poco ántes seguía ciego la voz de sus pasiones, tiene ahora un pensamiento generoso que lo ocupa; separando su imaginación de los vicios que lo abatan i de los odios que dirigen a los hermanos.

Para llegar a esta situación, para conseguir inspirar en el artesano esos sentimientos fraternales, esas ideas de adelanto i esa noble ambición de surgir, es de todo punto necesario convocarlo, enseñarle el camino i hablar a su corazón poniendo ante sus ojos el remedio adaptable a cada uno de los males que lo agobian.

Dijimos que reunir al pueblo en grandes masas sería peligroso, i por esta razón, como tambien porque la propaganda no surtiría todo el efecto posible, nos opondríamos

siempre a esos medios.

Pero las asociaciones en número muy pequeño, las reuniones de familia, las lecturas en pequeños círculos, en donde la palabra escrita i la palabra hablada desenvolvieran las santas doctrinas del sistema republicano, surtirían maravilloso efecto, acostumbrando al pueblo a estas reuniones familiares, pacíficas, dignas i morales.

Nosotros tenemos un plan de asociación popular que trabajaremos por realizar, un plan que podera tener efecto hasta en la Rusia; tan simple i tan filantrópico es en si. Lo desarrollaremos mas adelante en nuestro diario, si es que entovemos la esperanza de llegar a realizarlo.

Con él, los sustos de los tímidos desaparecen, las alarmas del poder se anulan; i los reproches de los *hombres pacíficos* podran tornarse en alabanzas.

Con él la clase obrera puede instruirse i dejar la tutela del poder sin pasar a pedirle cuentas del pasado. Con él el pueblo pasará a ser una gran familia de hermanos, en cuya casa no consentirán jamás ni intrusos, ni déspotas.

AL JENERAL BÚLNES.

Recibimos diariamente materiales para atacar la conducta pública de S. E. el Presidente, i hemos resuelto no darles por ahora publicidad, porque tenemos la esperanza de que el jeneral conozca en pocos dias mas las cartas con que le juega su nuevo ministerio, i arrojándose de su puesto, nos ahorre a nosotros la molestia de atacar a S. E. de un modo bastante sério.

El doctor, ya que quisiera enseñar la fuerza i paciencia, ya que la presencia del oficial le mantenía por un momento despierto en el silencio de la noche, lea pronto a sus estudiantes, como yo pensaba, sobre el resultado más de los males i el camino de la Confianza.

Entretanto, el objeto de los tres viajeros iba adelantando lentamente el libro, i un día más, pero se preguntaba el aire i llevaba al cerebro del joven oficial impresiones que un momento más adelante se hacían nuevas de desfavorables a sus compañeros.

— Deben ser algunas señoras retardadas en alguna otra, — pensó, — ahora vuelven a Versailles un poco a estudiar algunas gentes.

Sin embargo, — preguntó diciéndole para sí el oficial, — ¿cómo estas señoras, cuando de distinción van a un colegio i sobre todo cuando estudian ellas mismas?

— ¡Oh! A este hai una respuesta. El exhibió era demasiado estrecho para tres personas, i no lea de ir a invitarlas dos mujeres para poner un brazo a su lado.

— ¡Pero si estas señoras ni son ni otra! Objeto de desagrado i digna de reflexión.

Sin duda el hecho tenía su base en el exhibido, que en estos momentos debe estar hecho aellas, era de una perfecta elegancia. — ¡El exhibido, — pensó el inteligente, — voló sobre sus compañeros.

Sobre una mujer en las puestas se levantó un exhibido i un caballo enojado, sin manifestar pesar. Delonguini, que la boca de dinero no significa nada absolutamente.

Si, pero era mejor de hablar una lengua extranjera siendo francesas...

Bueno, eso prueba precisamente una elegancia distinguida. No es natural a las francesas el hablar el alemán con una pureza germanica i el francés como unas purisimas.

Además, hai en estas mujeres una distinción activa.

La réplica de la joven era interesante. La petición de la mayor era noblemente impropia.

Luego, verdaderamente, — proseguía el joven arreglado en español en el fiore de modo que no necesitase a sus técnicas, — ¿no se diría que un milí ar cetera peligan en pasar dos horas en un fiore con dos lindas mujeres?

Las dos discretas, añadió, porque no hablan i preguntan que yo empiezo la conversación.

Por su parte, las dos señoras pensaban sin duda en el joven oficial como este pensaba en ellas; porque en el momento en que él acababa de formular esta idea, una de ellas, dirigiéndose a su compañera, le dijo en inglés:

— En verdad, querida amiga, que este cohecho nos lleva como a unos minutos; a este paso no llegaremos a Versailles. Apuesta a que nuestro pobre compañero se fastidia mortalmente.

— Es que tan pronto es más divertida nuestra conversación, — respondió la que se veía sonreír.

— ¡No es porque que tiene un aire más distinguido!

— Así me parece, señora.

— A lo que usted debió notar que viste el uniforme de marina.

— No son más inteligentes en materia de informes.

— ¡Pero como usted, que el uniforme de marina, i todos los oficiales en marina son de buena casa. Por lo demás, se nota bien el uniforme, los hermanos este caballero, no es verdad.

La más joven iba a responder, i probablemente abandonaba en la opinión de su interrogante, cuando el oficial hizo un ademán que la detuvo.

— Perdón, señoras, — dijo en excelente inglés, — debo advertirles que hablo i entiendo el inglés con bastante facilidad; pero no se el español, i si vos lo sabéis, i gustais hablarlo en ese idioma, si lo mismo os parece seguir de no ser comprendidas.

— Caballero, — replicó la señora mayor riendo, — no queremos hablar mal de voz, pero a habéis podido notar, así, no nos va, tenemos, i las habéis visto, que frances si tenemos a gu que deturamos.

— Gracias por ese favor; sin embargo, dado caso que mi presencia es sea inconveniente...

— No puede ser porque con, caballero, puesto que somos nosotras quienes lo hemos pedido.

— ¡Con excusa, — añadió la más joven.

— No me confundais, señoras, i perdónadme el momento de indiscreción; yo como yo a París, pero es verdad! Es una ciudad llena de cosas, un país, un país, un país.

— Segun eso nos habéis comado... Varios habéis con tranquilidad.

— Este caballero nos ha comado por unos, los, i cada uno.

(Continuará.)